

## textos

## libros

**en el viento de la Ley**, (Alberto Sucasas, *El rostro y el texto*, Anthropos), *La Razón*, enero de 2002

Si Steiner o Agamben remueven entre nosotros la potencia crítica de la espiritualidad judía, *El rostro y el texto*, atento a Lévinas y en constante discusión con las otras dos grandes corrientes monoteístas, rastrea las múltiples raíces de la tradición judía en nuestro medio cultural.

Dos iconos presiden este texto: el del lector ante el libro y el del hombre ante el rostro del prójimo. Ambas escenas son expresión de dos ámbitos de experiencia -el hermenéutico y el ético- que, siendo heterogéneos, acaso tengan una configuración y una genealogía compartidas. Alberto Sucasas rastrea esa posible unidad secreta, adoptando como referencia la filosofía de Lévinas y el modo rabínico de interpretar la Escritura. Acontecimiento textual y acontecimiento ético del rostro articulan una misma secuencia dual: inicialmente, una sumisión del hombre a la alteridad del libro o el prójimo que lo reclama; después, una autonomía ulterior en respuesta a esta exigencia.

Sometiendo la mismidad del Yo a la incondicional exigencia del rostro del Otro, Sucasas sigue a Lévinas en el intento de volver a constituir la ética como "filosofía primera". Al mismo tiempo, se trata de destituir la hipocresía de lo libresco con la experiencia viva de la interpretación. En el Sinaí cotidiano de la lectura, los hombres se sientan frente a un Libro sorprendente, siempre en trance de escribirse a causa de su profundo acabamiento.

Para la fe judía el vínculo religioso, por intenso que sea, excluye la objetivación de la divinidad. Ésta preserva intacta su invisibilidad, entregándose sólo como Voz. A diferencia del cristiano, el universo judío es reacio al discurso teológico directo: Dios ha hablado, pero su mensaje contiene ante todo prescripciones dirigidas a su interlocutor terrestre. Después de hacer entrega de su voz, Dios retorna a su misterio, y es la mediación de la Ley (Torah) donde ha de buscarse la máxima inmediatez en la experiencia religiosa. El judío vive en la Torah, está en ella como pez en el agua: si los peces mueren apenas suben a tierra firme, asimismo perecen los hombres al apartarse de las palabras y preceptos de la Ley. Como el judío es el hombre de la Escritura, el estudio es el imperativo fundamental, el proto-mandamiento que todos los demás presuponen. El texto de la Ley ordena a su destinatario terrestre someterse, hasta el punto de convertir la consagración a la lectura en vocación exclusiva del hombre. De hecho, la leyenda hace de la abstención de leer la señal de la irrupción violenta del enemigo.

Ahora bien, la Torah necesita a su lector: si éste, en ausencia de aquélla, deviene existencia inútil, un "junco sin agua", el libro sin lector pierde su estatuto sagrado. La relación judía con el libro, sin embargo, difiere del modo en que solemos considerar la lectura: mientras lo

habitual es situar el libro en la vida, haciendo de aquél una posibilidad más, el judío ubica la vida en el libro. Hay una hipertrofia de lo textual que permite tanto hablar de una antropomorfización del texto como de una textualización de la carne del hombre. Tal dialéctica llega al paroxismo en la mística, donde quizás las tres grandes religiones monoteístas llegan a una máxima aproximación.

Por otra parte, también como un motivo semítico común, está la cuestión del mesianismo. La negatividad mesiánica opone al principio diurno y solar del poder romano la esperanza encerrada en la noche de un Israel lunar. Tanto en el ámbito judío como en el cristiano o en el chiita, el acontecimiento mesiánico es signo de una crisis y de una transformación radical del orden legal de la tradición religiosa. Aunque es obvio que nunca se trata de sustituir la Ley por otra, con nuevas prescripciones, sino de urgir su realización. El propio Cristo dice: "No he venido a abolir la Ley, sino a darle cumplimiento".

Desde el comienzo, Sucasas intenta considerar la experiencia judía como ejemplar para la comprensión de la relación general entre ley y ética, entre institución y existencia. Efectivamente, si la Ley no se cumple según la libertad de humana, en el viento de la palabra no escrita, la religión quedaría congelada en la particularidad de un mundo de elegidos. En esta encrucijada viven las tres grandes religiones monoteístas. De ahí el difícil equilibrio entre lo específico y lo universal, tensión que representa uno de los rasgos constantes de la memoria judía. ¿Cabe extender, pues, más allá de la cultura hebraica, esta genealogía religiosa de la relación entre acontecimiento ético y textual? La contagiosa convicción de estas páginas es que así es.